

vamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

---

---

## CAPÍTULO XV

---

### DE SANTA FE A PALOS

**N**o se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin á donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato, cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colón emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á

ensueños como aquella Sierra Nevada, parecida en su esplendor argénteo á disco inmenso de irregular y divina luna, que nadara en el éter y tocase con sus bordes inferiores en la tierra; como aquellos torreones y aquellos muros, todos rosáceos, entre los cuales, transparentes á manera de ámbar y lustrosos á manera de coral, gallardean melancólicos cipreses, á cuyos troncos los jazmines de Damasco y los rosales de Alejandría se abrazan, y á cuyos pies florecen los embriagadores azahares; como aquellas orillas del Genil, cubiertas en todo su largo de adelfas matizadas por las gradaciones del color purpurino, y murtas siempre verdes ceñidas de coronas siempre blancas; como aquellas colinas de cortes tan armoniosos, ornadas con el plateado follaje casi metálico del olivar en flor y con el claro pámpano de la viña en ciernes; como aquellos pueblos tan alegres, rematados por alminares tan airosos y cubiertos por espontáneos jardines naturales, como los que pinta Mayo en Andalucía, llena de zarzales floridos y de amapolas encendidas y de lirios sedosos y de alhucema y de cantueso; como aquellas cordilleras en que las ya dentadas ó ya esféricas cumbres relucen á modo de las facetas en los brillantes y amatistas, despidiendo chispas que tomaríais por multicolores aerolitos; como aquel cielo donde se adivinan las visiones de Murillo con sus aleteos místicos y se oyen los cantares andaluces acompañados por el rasgueo continuo de melodiosísimas guitarras. Sí, el 12 de Mayo, que tomaba Colón su camino de Granada á Córdoba, para ir luego de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Huelva, de Huelva á Moguer y Palos, punto

este último donde le aguardaba el embarque deseado hacia la realización de sus visiones, verificadas ya en su fe y en sus seguras esperanzas; ese camino, sembrado de venturas tangibles ¡oh! brilla como una esplendente nebulosa de ilusiones, como un istmo sembrado de flores entre las fatigas y las penas consiguientes á la preparación de su obra y los desengaños consiguientes á su realización. Dios ha querido poner enormes desproporciones entre todo lo ideado en la mente y todo lo cumplido en la realidad; entre todo aquello que se desea por el corazón y todo aquello que se consigue ó alcanza en la vida. Y ha querido más en sus misericordias, ha querido que al cumplimiento y logro de un deseo se tornen satisfacciones, y satisfacciones de una grande intensidad, las penas sufridas por lograrlo y cumplirlo. Desde todo Tabor se aparece radiante la visión del pasado Gólgota; porque así como no hay nacimiento posible para la criatura humana sin lágrimas y sangre, no hay posible transfiguración celestial, sino después de haber pasado por las angustias del Huerto y por las agonías del Calvario. Á Colón se le aparecería de seguro aquella larga gestación del pensamiento suyo con todos los dolores á ella por precisión anejos, como un contraste necesario para la verdadera comprensión y el cumplido goce de su victoria. La indiferencia de su Italia, la ignorancia de aquel tiempo, los desdenes de cien poderosos por el egoísmo cegados, las repulsas de tantos y tantos como lo creían loco, las celadas puestas á sus planes por la empecatadísima envidia, el despego de tal sabio y la excomunión de tal monje; aquella Junta de

Lisboa, empeñada en aniquilarlo; aquel Rey de Portugal, riéndose de los colombinos planes como cosa desatinada, para luego á hurtadillas escamotearlos; el estudio prolijo del mar y del cielo en sus cavilaciones astrológicas; los derroteros peligrosos en el Mediterráneo, sembrado de piratas berberiscos y turcos, como en el Océano desde la isla de Thulé hasta la punta Bojador, entre hielos aquélla y entre ardores ésta; el dictamen áspero de la comisión presidida en Córdoba por Talavera; las chacotas y las pedreas del vulgo viéndolo pasar como aquejado por una demencia inofensiva, pero burlesca; el continuo é inútil reclamo á las puertas del poderoso con los tormentos en las antesalas henchidas de cortesanos que se guiñaban el ojo al verlo y se reían de sus promesas, consideradas como desatinos; la caída rodando cien veces desde las esperanzas más ciertas á los desengaños más acerbos; los días de sus despedidas supremas desahuciado de la Corte, y el anochecer de su llegada horrible á la Rábida, sepulcro en que iban sus ilusiones á enterrarse, debían aparecérselle como interminable calle de amargura extendida veinte años á sus ojos, la cual, vista de nuevo ahora entre los deliquios de la felicidad, debía con sus recuerdos aumentar satisfacciones y esperanzas en aquel grande ánimo. No quiso pasar á Palos sin en Córdoba detenerse. No quiso entregarse al azar de lo desconocido sin ver á la mujer que había contrastado con las flores del amor las espinas de sus taladradas sienas. El matrimonio legítimo de la primera mujer le había dado su hijo Diego y el amor ilegítimo con su amada le había dado su hijo Fernando. No

fuera marino y descubridor, si le ciñeran unos brazos de tal modo al hogar, que no quisiese, retenido por ellos, arriesgarse á una expedición temeraria; y no fuera hombre, si dejara con criminal descuido las prendas de su amor faltas de la indispensable asistencia. Detúvose, pues, unos días en Córdoba para despedirse de su amada y proveer á la suerte de sus hijos. La familia hidalga, con quien tuvo trato y alianzas de tan extraña especie, aunque pobre de suyo, cooperó con poco dinero, pero cooperó materialmente, á la preparación del intuitivo plan; y un Arana, hermano de Beatriz, fué devoto compañero de Colón, tanto en este primer embarque como en todo su viaje, asistiéndolo en todos sus combates, apoyándolo en todos sus desmayos, y auxiliándolo en la difícil empresa de arreglar la primer expedición; porque miraba los asuntos relativos á la invención como asuntos de familia. ¡Cuánto debió costarle al piloto la separación y apartamiento de aquella Córdoba, en cuyo aromado seno encontrara el más intenso amor de su vida y tuviera el predilecto hijo de sus entrañas! ¡Qué diferencia entre aquel hogar amado y el mar inmenso, entre los ojos de la mujer predilecta y los relampagueos de la horrible tempestad, entre la familia cariñosísima y la tripulación recelosa, entre los abismos del misterio donde se sumergía en sombras y los reclamos del amor á los goces más puros del alma y á los mayores encantos del mundo! Pero en cosa ninguna se conoce la verdad absoluta de aquella ley providencial, que rige las moles y las ideas, juntamente con la verdad absoluta de una finalidad universal mostrada

por la correlación de las facultades en los individuos y en las especies con su ministerio sobre la Naturaleza y sobre la sociedad, como en este poder supremo de los hombres superiores y predestinados para sobreponerse, á todas las propensiones más arraigadas en la complexión humana, y menospreciando los más precisos sentimientos, consagrarse á una obra, de la cual suele tan sólo clavarse todas las espinas, mientras la humanidad entera y el tiempo eterno reportan para sí todas las ventajas. ¡Con qué dolor se apartaría Colón de aquellos jardines del Guadalquivir donde habían corrido felices días para su corazón hasta en medio de los combates y de los desengaños! ¡Cuánta fuerza de voluntad necesitaría para sobreponerse al imperio de los más avasalladores instintos el imperio de su razón y el presentimiento de su destino! En el regocijo connatural á su victoria, un dejo bien amargo quedaba por esas mezclas de bien y mal que constituyen la triste levadura de nuestra humana vida, y era esta separación dolorosa del sér que le había sonreído en la desgracia y vendábale con sus manos las heridas del alma. Así fué para Colón el mes de Mayo en 1492.

El mes de Junio resulta luego un mes de luchas y de angustias. Arreglados sus negocios domésticos, el descubridor se personó en Palos, consagrándose con empeño al trabajo enorme de apereibir y preparar la expedición. Aquel primer elemento de toda empresa útil, el aceite de los cilindros que mueven todas las ruedas, ó sea el dinero, estaba pronto. Habíanse los recursos arbitrado por bien varias maneras y bien diversos métodos. Á la villa de

Palos imponíasele con toda solemnidad en cédula Real, y á guisa de tributación forzosa, el embargo de tres carabelas pertenecientes á pilotos y armadores suyos, para una empresa misteriosa, por tiempo indefinido. Aunque se usó en la fórmula el oficial estribillo, asegurando destinarlas á cosas cumplideras al servicio de los Reyes, y se declaró por el pueblo y sus autoridades la conformidad con lo proveído, no hubo en la preparación el necesario empeño, ni la diligencia con el empeño correlativa y al empeño correspondiente. Dióse por fines de Abril aquella trascendental orden; publicó en fines de Mayo el Municipio requerido á su cumplimiento la necesaria conformidad; y, sin embargo, en fines de Junio se hicieron precisas conminaciones de todo género, y luego apremios de toda urgencia, para que la ejecución de lo mandado con con tanta premura por los de arriba y prometido con tanta obediencia por los de abajo se cumpliese. Estos auxilios municipales, de mucha cuantía é importancia, se unieron al millón y ciento cuarenta mil maravedises concedidos por la Corona de Castilla y á los quinientos mil maravedises por Colón aportados como participación suya personal en la octava parte, allegada y cumplida con muchos y muy complejos esfuerzos y con muchos recursos venidos de diversos orígenes. No se tenía todo, sin embargo, con tener el dinero. Las gentes requeridas á cooperar en la empresa y seguir al descubridor encabritábanse bajo el anhelo de sacudir aquella pesadísima carga y burlar aquella onerosa obligación. Por deservicios á la Corona y en forma de castigo se les imponía el aprontamiento de

las carabelas y su costosa provisión; medida, cuya gravedad pesaba mucho sobre los hombros de aquel pueblo mareante y necesitado por ende para sí de todos los recursos marítimos. El sentir general revolviase contra el aventurero gárrulo y ligerísimo que les apenaba con habladurías sugeridas por su facundia italiana y con fantaseos nacidos en una imaginación, según ellos, del todo confusa y desarreglada. Maldecían la hora en que á sus puertas llegó aquel peregrino, capaz de dar con sus hechicerías y embustes mal de ojo á todo un pueblo, hacia el cual únicamente podía sentir la indiferencia, cuando no el odio, natural en gentes extrañas y extranjeras. Quien haya sido extrañado alguna vez por fuerza y se haya visto forastero en cualquier pueblo comprenderá los afectos despertados por Colón en la gente á quien tales dolores infligía. Y con estas naturales repulsiones juntábase lo maravilloso y extraordinario de aquel caso con lo temible y pavorosísimo de sus circunstancias y accidentes. El nombre de tenebroso, dado al mar occidental, prueba en cuán tupido velo de negras supersticiones lo había envuelto la general ignorancia, tan propensa de suyo á creer todas las fábulas trágicas. Corrientes bituminosas, como las ideadas para pintar los ríos del infierno, enturbiaban la superficie de océano tan por extremo terrible; y vapores mefíticos, á nubes de muerte semejantes, henchían aquellos caliginosos aires. Todo cuanto se dice y se cree de los peligros en el mar frecuentes agrandábase al tratarse de un mar circuído por impenetrable misterio. Si la imaginación ha puesto en las aguas más rientes, bajo los cie-

los más espléndidos, al pie de costas abiertas como senos amorosos, en olas que guardan perlas y lamen corales, aquellas engañadoras sirenas, cuya sonrisa os atrae para destrozaros en sus brazos; aquellas Gorgonas que os petrifican; aquellas Circes, contra las cuales precisa tapiarse de cera los oídos; aquellos Encélados, escaladores de las alturas sidéreas por escalones de lava y entre chasquidos de rayos; aquellos titanes desmesurados, cuyos pulmones remedan la fragua del Etna; el cavernoso antro de donde suelta Eolo, desde sus odres y pellejos, los huracanes y las tormentas que tronchan como cañas los mástiles: si tales cosas espantables pensó la riente Grecia y la idílica Sicilia del mar y sus procelas, imaginaos lo que la supersticiosa Edad Media expirante creería de un océano como el Atlántico, tan embravecido á la continua y proceloso, hacia cuyos abismos empujaba el poder con sus fuerzas coercitivas á gentes cansadas de ver cómo se iban muchos y no volvían, hundidos en profundidades que la tempestad azota con tanta frecuencia y que pueblan en tanto número titánicos monstruos.

Así que pusieron los continos el embargo á las carabelas, emigraron cuantos podían tripularlas como si el mar se los hubiera tragado. La orden de acopiar mantenimientos para un año aterraba con terror pánico y contagioso á los más audaces, acostumbrados á sus correrías de mayor atrevimiento á derroteros, los cuales unas doscientas leguas, á lo sumo, les apartaban de las costas. En vano los Reyes expedían cartas sobre cartas; en vano los alcaldes publicaban una tras otra en bandos públicos á